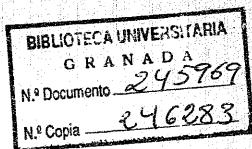


A. 30825

5



DISCURSO

LEIDO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION DEL AÑO ACADÉMICO

DE 1882 A 1883

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE GRANADA

POR

DON EDUARDO GARCÍA SOLÁ

CATEDRÁTICO DE LA

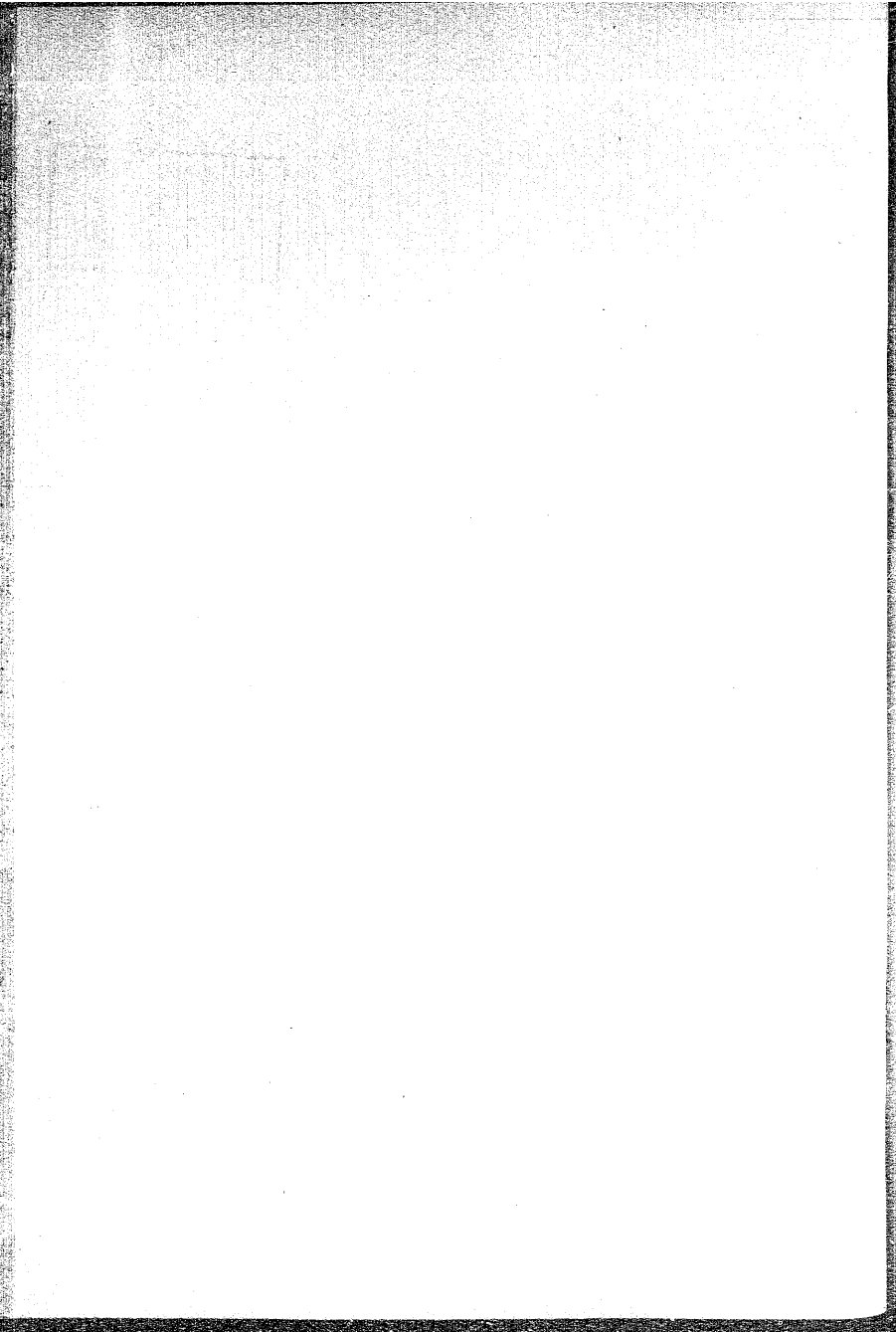
FACULTAD DE MEDICINA



GRANADA

IMPRESA DE I. VENTURA SARATEL

1882



EXCMO. SR.:

El incesante trascurso cronológico se marca en ocasiones por afortunadas horas que parecen señaladas con áurco minuterio en ese reloj eterno que mide todos los tiempos: épocas brillantes en que la Providencia se complace ostentando sus obras más acabadas bajo la forma de esplendorosos gé-nios que fulguran vivísima luz sobre el venturoso siglo que nacer los viera; períodos históricos, en fin, singularizados, no tanto por grandiosos acontecimientos, como por la perfección alcanzada en todas las ramas del humano saber, desde las que hablan al alma moviendo los más dulces sentimientos hasta las que, más terrenas, se proponen arrancar algún secreto escondido en los arcanos de la naturaleza.

Para el antiguo pueblo hebreo, fué esta época gloriosa la de su libertad afianzada por medio de las sábias y sobrenaturales instituciones mosaicas. Para el indio, la proclamación de la igualdad entre los hombres, rechazando las castas y los Vedas, fieramente combatidos por el célebre Budda Muni. Para el Egipto, la era insigne de la XVIII dinastía faraónica, célebre sobre todo por el reinado de Amenofis II, cuyas victorias fueron eternizadas en los monumentos de Elefantina

y de Tebas, así como en el templo de Soleb en la Nubia. Y para esa cuna de la civilización en todas sus manifestaciones que llamamos la Grecia antigua, fué un largo período que mide tanto como su existencia, y que, habiendo alboreado en el primer poeta épico del mundo, tan admirable cuando en la Iliada nos pinta guerras, hazañas y conquistas como cuando en la Odisea retrata la vida comercial de mercaderes y viajeros, continuó reverberando en Píndaro representante de la poesía lírica como Hesiodo lo fué de la social, en Esquilo maestro de la dramática como Sófocles lo fué de la tragedia y Aristófanes de la comedia, en Herodoto, Tucídides y Jenofonte que convirtieron la fábula en verdadera historia, y en Pericles, Demóstenes, Isócrates y Esquines señalados portentos de elocuencia. Por último, las bellas artes representadas por las esculturas de Praxíteles, Fidias y Lisipo, y por las pinturas de Apeles, Polignoto y Panemo hermano de Fidias; la Filosofía, cuyos primeros pasos encarnan en los nombres de Tales, Platon, Aristóteles, Sócrates y Pitágoras; las ciencias políticas y morales iniciadas por Solon y Licurgo, de la propia suerte que las ciencias médicas lo fueron por el divino Hipócrates; y el arte militar que cimentaron Milciades, vencedor en Maraton, Leónidas, héroe de las Termópilas, Temistocles victorioso en Salamina y Epaminondas el valeroso defensor de los tebanos, todo ello es clara muestra del grado de esplendor á que llegó la civilización y cultura del pueblo griego antes de verse conquistado por las irresistibles falanges macedónicas.

Empero, ningún período histórico fué ilustrado por tan grandes lumbreras como las que florecieron durante el siglo décimo sexto, en el que, por maravillosa coincidencia, rigieron coetáneamente los destinos del mundo egregios príncipes como Leon X, Cárlo V, Francisco I, Enrique VIII, Gustavo Wasa, Andrés Dória, Segismundo I, Soliman II y Basilio Ivanovitz. A los descubrimientos geográficos de Co-

lon y de Gama, que hicieron surgir un nuevo mundo y limitaron por el Sur el África, se agrega la perfeccion del análisis matemático realizada por Vieta y Harriot y la noción del equilibrio de los cuerpos adquirida merced á Stevin, al paso que Galileo, valiéndose de instrumentos, y Napier, por medio de los logaritmos, hacen factible la medida de las órbitas de los astros, cuyos movimientos son sistematizados por verdaderas leyes gracias á Copérnico y Kepler, ese gran astrónomo místico, ejemplo vivo de que la ciencia y la creencia no son en manera alguna antagónicas. Las ciencias naturales, empequeñecidas despues de Aristóteles por las ruines compilaciones de Oppiano, Ateneo y aun del mismo Plinio, y no mucho más elevadas por las observaciones incompletas de Isidoro (de Sevilla), Alberto Magno y Beaubais, toman ráudo vuelo á impulsos de Gessner, de Zurich, considerado por Cuvier como el fundador de la Zoología moderna, que sigue progresando por los trabajos de Fabricio de Aquapendente y del Coloñés Aldebrando; en tanto que la Botánica, ilustrada con la descripción de las plantas americanas hecha por los españoles Oviedo, Valdés, Cabeza de Vaca y Gomez de Gomara, logra por fin una clasificación verdaderamente científica como lo fué la que, tomando por base los órganos de fructificación, estableció el gran Cesalpino, llamado por Linneo «el primer sistemático ortodoxo». Por último, los descubrimientos anatómicos y fisiológicos que inmortalizaron los nombres de los Vesalio, Mondini, Falopio, Ingrassia, Eustaquio y Serveto, mártir de la intransigencia calvinista; la mayor precisión que alcanzó la nosografía merced á los trabajos de Fernel y de Plater; la institucion de la Cirugía científica por Ambrosio Pareo y Juan de Vigo, y la exactitud de los conocimientos tocológicos ilustrados por el génio observador de Guillemeau, contribuyeron á ensalzar las glorias de un siglo que ha dejado indeleble huella en la via de los humanos progresos.

Los vuelos de la fantasía esculpidos en las más primorosas obras de la imaginación surgen también con increíble fecundidad en aquella época de colosos. A Marot, iniciador de la novela en Francia, sucede Ronsard y Dubellay, los más notables de aquella pléyade que combatió á los rudos cancioneros de la corte, sustituyendo las formas ligeras empleadas en los juegos florales de Tolosa, con la rígida imitación de la oda, la epopeya y la tragedia de los clásicos; esto es, emprendieron allende el Pirineo una obra semejante á la que en España realizaran primero el catalán Boscan Almogaver, gran imitador de Petrarca, al cual no cede en tersura y elegancia de estilo, y después Garcilaso de la Vega, en quien no se sabe qué admirar más si la dulzura de sus cantos que nos recuerdan á Virgilio ó la fidelidad con que pinta las excelencias de la vida campestre y pastoril en cuyo género solo le iguala Sannazaro. Tan hábil capitán como discreto político el granadino D. Diego Hurtado de Mendoza engrandece el arte y perfecciona el estilo, no obstante sus complacencias con el arcaísmo, y cultiva todos los géneros desde el histórico en su relación del levantamiento de los moros en las Alpujarras hasta el picaresco desarrollado en las *Aventuras del Lazarillo de Tormes*; no decayendo tampoco el alto nivel de la literatura española durante aquel siglo de oro, y buena muestra de ello son las producciones del divino Fernando de Herrera, la *Diana* de Jorge de Montemayor, las *Guerras civiles de Granada* de Perez de Hita, así como las traducciones de los clásicos y las obras originales de Fray Luis de León, quizá el más correcto poeta de aquellos tiempos. Finalmente, y aun prescindiendo de la dramática, ya iniciada en España por el Marqués de Villena y Lope de Rueda, y colocada sobre la de todas las naciones por el *Fénix de los ingenios*, el siglo á que nos referimos sería todavía célebre tan solo por haber producido los tres géneos más grandes que pueden oponer los tiempos modernos ante las eminencias li-

terarias de la antigua Grecia. En efecto, Cervantes, Camoens y Shakspeare; esto es, la imaginacion creadora por excelencia, el gran génio épico unido á la más pura inspiracion patriótica, y la conciencia viva de la humanidad traducida en obras de incomparable estro dramático, son tres colosos que se bastan y sobran para ilustrar el siglo á que pertenecieron.

Mas, fenómeno sorprendente, y que ha de servirnos para enlazar el fin de este exordio con el cuerpo del discurso, así como en los siglos XVI y XVII circuló el nombre de España por todo el universo llevado en alas de la fama alcanzada por dramáticos tan insignes como Calderon, Lope de Vega, Torres Nararro, Rojas, Alarcon y Moreto, por épicos como Ercilla, por capitanes tan valerosos y entendidos como Leiva, Pedro Navarro, Gonzalo de Córdoba, Luis Requesens, el Duque de Alba y D. Juan de Austria, aun sin contar los legendarios caudillos de nuestras conquistas en América, Hernan Cortés, Almagro, Pizarro, Sandoval y tantos otros, en cambio, si exceptuamos á Vallés y á Mercado, no podríamos citar un solo antropólogo que rebasase el ordinario nivel de las medianías, siendo por demás extraño que los estudios médicos, particularmente, yaciesen marchitos cuando en su derredor todas las manifestaciones del espíritu humano ostentaban lozana y vigorosa existencia. Parece como si la Iberia toda, desvanecida con su inmenso poderío, y orgullosa con aquella dominacion terrena en la que jamás se ocultaba el sol, menospreciara las conquistas menos brillantes pero más duraderas de la ciencia, creando solo génios para las armas y para la literatura, que realizasen y cantasen las hazañas por las que aseguraba su imperio en ambos mundos.

Largos años hubieron de trascurrir antes que se destacara en la historia médica española una silueta digna de aquellos nuestros egregios predecesores; mas, para descubrir esa eminencia, solo hay que evocar antiguos recuerdos del lugar en que nos encontramos, pues en la Universidad granadina

estudió el celeberrimo médico antequerano D. Francisco Solano de Luque, luminoso astro que, á principios del siglo XVIII, reverberó brillante luz por aquella España ya tan decaída de su antiguo esplendor, es decir, por aquella pálida sombra de tan cadavérico aspecto como el hechizado monarca que, para triste epílogo de la dinastía austriaca, la gobernara.

Propóngome, pues, detenerme en esa primera eminencia científica de nuestra pátria, á lo cual de consuno me convida la imponderable valía de tan eminente antepasado, el lamentable desvío con que fué mirado por sus compatriotas y la circunstancia de haberse cultivado en esta misma casa de estudios aquella inteligencia soberana; y, por tanto, sin necesidad de repetir aquí fórmulas que en mis lábios son innecesarias, pues bien se alcanza cuanto he menester de vuestra benevolencia para llevar á cumplido término la prescripcion reglamentaria que me coloca en este sitio, paso á delinear en simple boceto *«Algunos apuntes para la biografía del insigne médico antequerano D. Francisco Solano de Luque»*.

1.

Tres ciudades andaluzas comparten la gloria de haber albergado en su seno á tan ilustre varon: Montilla, que lo vió nacer en 1685; Granada, en cuya Universidad cursó los estudios médicos; y Antequera, verdadero teatro de su brillante práctica y donde produjo las obras insignes que llevaron por toda Europa la justa fama de su preclaro nombre. Corresponiendo á los sacrificios que para sufragar los dispendios inherentes á una larga carrera se impusieron sus cariñosos padres, estudió con singular aprovechamiento, en el Colegio montillano de Jesuitas, tres cursos de Gramática y otros tres de Filosofía, obteniendo en todos ellos la primera censura y encoñtrándose á los diez y nueve años de edad con esta primera etapa de su cultura intelectual felizmente terminada.

Llamado por especialísima inclinacion al sacerdocio médico, que tan bien cuadraba con aquel espíritu observador por excelencia, pasó en 1704 á esta Imperial Universidad, donde, despues de cursar las asignaturas de *prima Medicina*, de *risperas de Medicina*, y de *Guido ó Cirugia* (1), se gra-

¹⁾ Aun considerando la época á que nos referimos, era, no obstante, defectuosísima é incompleta la enseñanza médica en esta casa de estudios, para los cuales todavía regian las antiguas «*Constituciones primeras de la Universidad granadina*» acordadas por el Claustro en 17 de Octubre de 1540 y publicadas en la sesión de 6 de Mayo de 1547, siendo así que en Francia é Italia las Universidades tenían ampliamente dotadas numerosas cátedras de Medicina, cuyos profesores eran objeto de la mayor consideración. No ya en tiempo de Luque, sino bastantes años despues, en 1767, la Facultad de Medicina según puede verse en el «*Informe acerca del estado de esta Universidad*» enviado por el Claustro á la Instrucción del Secretario de Cámara Sr. Bizarreta solo consistía de tres cátedras, una de *teoría*, la de *responde* para la *práctica*, y la de *Guido ó cirugía*, en la cual se comprendía la Anatomía y Disecccion. Falta en absoluto el material científico; solo poseía esta Facultad una reducidísima aula en el edificio que hoy ocupa la Curia eclesiástica, y si los profesores de aquellas tres únicas cátedras, D. Francisco Piñero, D. Francisco de la Casa y D. José Guillen gozaban respectivamente el emolumento anual de 311, 245, y 109 rs., debíase á la munificencia de D. Juan Crespo Marmolejo, con cuya donacion de 6,500 ducados se dotaron ocho cátedras.

duó de Bachiller, cuando frisaba en los veintidos años, sosteniendo brillantemente la cuestion propuesta en la *tentativa* contra los argumentos que le dirigieron el Presidente, Doctores y Bachilleres de la Facultad, segun era uso y costumbre en aquella época (1). Para conseguir la investidura de Licenciado, hubo de practicar en esta ciudad por espacio de dos años, lo que realizó bajo la direccion del ilustrado, aunque acérrimo é intransigente galenista, D. José Pablo Fernandez, varon íntegro, pero de carácter duro y áspero y aferrado á las antiguas doctrinas un tanto combatidas ya por Paracelso (2).

Gran tortura debió experimentar aquella inteligencia, llamada para trabajos de mayor aliento, al verse constreñida en los raquiticos moldes del *Canon* de Avicena y del *Arte médica* de Galeno, únicos práctulos á quienes rendia culto la estrechez de miras de su anticuado maestro: siendo verdaderamente admirable la candorosa modestia y bondad de corazon demostradas por Solano en el hecho de respetar hasta la veneracion al mismo que se afanaba en rebajar los vuelos de su génio para que no se elevase mas allá de las trilladísimas doctrinas á la sazón dominantes. ¡Vano empeño, sin embargo!: porque cabalmente aquel espíritu de observacion, solo comparable al de Hipócrates, comenzó, durante esos años de práctica, á realizar sus primeras y maravillosas investigaciones sobre el estado del pulso, no

(1) Era Rector de la Universidad de Granada en aquella época D. José Criado, y debió presidir el ejercicio de Bachillerato de Solano de Irujo el Decano de Medicina D. Diego Martinez, quien des-suspeñaba este cargo en 1688, cuando, sin que sepamos por qué, le castigó el Rector, con la suspension del voto activo y pasivo y de las propinas por espacio de un año; despues del tumulto que se promovió á causa de negarse D. Rafael Quiñones, por cuestiones de etiqueta, á hacer un vejamen jocoso en cierto grado de licenciatura que se verificó el 27 de Octubre de 1689, lo cual dió origen á ruidoso pleito, terminado por auto de la Audiencia que ordenó se suprimiera en lo sucesivo el tal vejamen.

(2) Al ser en España corocidas las opiniones de Paracelso, de tal modo alarmaron aquellos espíritus imbuidos en las ideas galénicas, consideradas desde el siglo II de nuestra Era como dogmáticas é indiscutibles, que se levantó un clamoreo general contra las nuevas doctrinas, no vacilando algunas corporaciones docentes en calificarias de hereéticas, segun podemos ver en una carta dirigida por el Claustro de la Universidad de Sevilla al Rector de la de Granada con fecha 8 de Julio de 1700. (Consultese este documento, que por su extension no transcribimos, en la *Historia de la Universidad de Granada*, por el Sr. Montellá, pág. 299).

sin esquivar el enojo de su Maestro, de quien cuidadosamente se recataba cual si cometiera censurable accion. Á espaldas, pues, de la intransigencia, y bajo la pesada losa del *magister dixit*, es como se dió el primer paso en la ciencia sfigmica, por su egregio inventor, el entónces todavía alumno de la Universidad de Granada. Dejemos, no obstante, íntegra por el momento la valoracion de sus fecundas observaciones, y prosigamos la biografía de este luminar de la medicina pátria.

Á prueba debió ponerse nuevamente la bondad de su carácter y su incomparable humildad, cuando, al graduarse de Licenciado en Medicina, hubo de disertar (ampliando solo, no rebatiendo ni juzgando con libertad) sobre algun pasaje del *Arte* ó del *Canon* de Avicena (1), siendo así que en sus descubrimientos personales guardaba un tesoro de doctrina bastante para refutar el obligado texto del profesor de Bagdad. Obtenida la aprobacion unánime de todos los jueces, el jóven Solano, ventajosamente distinguido entre sus condiscípulos por su notoria aplicacion, así como por la asiduidad que desplegaba en el cumplimiento de todos los deberes académicos, y celebrado en esta ciudad por su singular doctrina y acertadísimos pronósticos, viéndose en la necesidad de buscar en el ejercicio de la medicina los recursos necesarios para su subsistencia, pretendió y obtuvo la colocacion modestísima de Médico titular del inmediato pueblo de Illera.

En tan humilde escena desplegó los primeros pasos aquella práctica profesional de la que surgieron tan perspicuas

(1) El grado de la Licenciatura constaba de los siguientes ejercicios: 1.º explicar una leccion sobre Avicena y otra sobre el *Arte*, contestando, *por todo un día*, á las objecciones que dirigian los Doctores, Licenciados y Bachilleres de la respectiva facultad; 2.º desarrollar, en otra oracion verbal, un punto tambien de Avicena ó del *Arte*, cuyos libros abrian dos Doctores por tres partes distintas, eligiendo el actuante la que había de explicar en su discurso, el cual se pronunciaba ante el Rector y todos los Doctores de la Facultad; y 3.º un rigido examen sobre teoria y práctica médica. Acto seguido se depositaban en un birrete los votos de los Doctores por medio de papeletas cerradas que expresaban la aprobacion ó reprobacion.

observaciones y doctrinas tan acabadas que fueron el asombro del mundo médico en el primer tercio del siglo XVIII, á la manera como Franklin, en la ocupacion modestisima de impresor, fué madurando los planes políticos que tanto contribuyeron á la independencia de su patria y los gérmenes científicos que habian de encadenar el rayo á su voluntad. Dedicado preferentemente al cuidado de sus enfermos, en cuya diligencia tantos elogios mereció de parte de los ilustrados médicos D. José Vicente Gomez y D. Miguel de Porras, consagraba los escasos momentos que le dejaba libres la práctica en una zona donde, aun en la actualidad, reina la endemia palúdica, á compulsar sus observaciones diarias sacando de ellas abundante materia para la doctrina cuya publicacion anhelaba. Cundía entre tanto la fama de su nombre, aunque solo en el horizonte reducido de las poblaciones comarcanas, á las cuales, principalmente á Loja, Granada (1), Izeájar, Rute y Montefrío, concurrió repetidas veces en consultas donde lucía las envidiables cualidades de una sincera modestia hermanada con aquella exuberancia de fondo científico que lo colocó sobre todos sus contemporáneos. Por último, ántes de abandonar el pequeño partido de flora, contrajo estado, en 1712, con D.^{na} Josefa Navajas y Victorio, natural de Rute y digna compañera por sus virtudes de varon tan integérrimo. De los quince hijos que Dios concedió á esta union, solo los dos mayores, D. Cristóbal y D. Pedro, siguieron, andando el tiempo, la misma profesion de su ilustre padre: mas, el primero, en quien ya alboreaban las altas prendas del autor de sus dias fué arrebatado por la muerte en edad temprana, cuando acababa de constituirse en amparo de su viuda madre y hermanos pequeñue-

(1) Sospechamos que durante algunos de estos viajes á Granada recibió Sabano el título de Catedrático sustituto de esta Universidad, en donde no consta explicase curso alguno, pues el periodo desde el Bachillerato hasta la Licenciatura, que á elección podia seguirse explicando tres cursos ó buca numerando, por espacio de dos años, en sus visitas particulares á un medico de reconocida capacidad, lo empleó en recibir las lecciones prácticas del severo D. José Pablo Hernandez, segun de ello ya hemos hecho mérito.

los; en cambio, D. Pedro tuvo la gloria de dar á la estampa la obra póstuma de su padre, titulada «*Observaciones sobre el pulso*» (1), y habiendo ejercido con notoria aceptación en Antequera y Alcalá la Real, pudo ámpliamente subvenir á las necesidades de aquella dilatada familia.

Al volar, como decíamos, la justa fama de Solano por las poblaciones limítrofes al reducido pueblo donde inauguró su ejercicio profesional, despertóse en Antequera el natural deseo de avecindar tan preclara emiñencia, y al efecto no escatimó instancias ni ofertas, nombrándole desde luego Médico numerario de la población. Aceptó aquel, ya que no movido por ambiciones que repugnaba su natural modesto y sencillo, obligado al menos por las crecientes necesidades de su larga prole y por la justificadísima aspiración de ensanchar, en campo más desembarazado, el círculo de sus observaciones clínicas. De otra parte, las nuevas y más valiosas relaciones que cultivara en su nueva residencia le harían accequible el logro de su más cara aspiración, que ya consistía en ver impresas las investigaciones sobre el pulso; asumió éste de impresiones que en aquella época se veía embarazado por trá-

1. Como prueba de los obstáculos que hubieron de vencerse ántes de que D. Pedro Solano lograra ve. impresa la obra póstuma de su egregio progenitor, y para honra de D. Francisco Milla, Regidor de la Corte en 1767 quien, por el intermedio del Conde de Floridablanca, obtuvo de Carlos III la protección necesaria para que el libro se diera á la estampa, transcribimos el prólogo de las *Observaciones sobre el pulso*, debido á la pluma del mencionado hijo del autor D. Pedro Solano de Luque.

Después del fallecimiento de mi padre, pasado el tiempo de dos ó tres años, solicitaron de la Corte de Madrid algunos sujetos de carácter y académicos de aquellas reales academias el manuscrito para darlo á la estampa, señalándole á la vida un partido medianamente regular; y pareciéndole que dicha oferta no acomodaba, la repuso, pidiendo se le asignase doble partido, cuya respuesta quedó en silencio; discreto porque el pretendiente procedía con algún engaño ó porque entonces no estimaban las letras en nuestra nación, ó por el desprecio de los profesores españoles. Después acá se ha pretendido la misma empresa por varios mercaderes de este comercio mercantil de España, asignando cada uno el partido que le parecía conveniente; empresa nunca llegó el caso de admitirse la propuesta, considerándola corta y ridícula. Por cuenta, pues, de la familia de Solano, se quedó casi en materia imposible la impresión, porque las utilidades no alcanzaban á sufragar los gastos de la prensa, y con esto acabó de perder el manuscrito la esperanza de la luz.

Finalmente, legando ya á revalidarme en la Facultad de Medicina, solicité con mi industria la impresión de dicha obra, tomando por distintos rumbos el empeño y me sucedió lo mismo que en el parágrafo antecedente dejó referido. Ahora pues, para lustre de la nación ó bien sea por la estimación que las letras han adquirido en España, ó porque el tiempo ha ido descubriendo la verdad y certeza del solaniano invento, me requirió la obra el ilmo. Sr. D. Francisco de la Milla y de la Peña, Regidor de la villa y corte de Madrid, académico de la Real Academia de la Historia, Corregidor y Capitán a guerra y Superintendente general de Rentas reales de esta ciudad de Antequera y su partido, á cuya solicitud dirección y cuidado, se intenta dar á la estampa.



mites, dificultades, licencias, y otras mil rémoras que solían detener la publicación durante buen número de años si altas protecciones no aceleraban tan pausado, ya que no intransigente, formalismo (1).

Su instalación en Antequera, á donde pasó en los años de 1717, marca el período verdaderamente fecundo de aquella laboriosísima existencia, pues en esta Ciudad complementó sus numerosas investigaciones sobre el carácter de las enfermedades crónicas, descubrió cuantas particularidades sfígmicas consideraba indicantes de las crisis, apreció estas con rara sagacidad, maduró aquel juicio pronóstico digno de la escuela de Coos, precisó las numerosas variedades del pulso, especialmente el *latino dicroto* que constituye su principal descubrimiento, y, como fruto de una larga y atenta observación clínica, produjo, en fin, sus célebres obras, el «*Origen morbozo comun y universal*», el «*Lapis Lydos Apollinis*», la más extensa y notable de sus publicaciones (2), y el manuscrito de las «*Observaciones sobre el pulso*» que mas adelante dió á la estampa su hijo D. Pedro Solano. Tan múltiples y concienzudos trabajos no fueron parte á distraerle del cuidado y asistencia de sus enfermos, pues consta la diligente asiduidad con que visitaba tres y aun más veces diarias la enfermería de su cargo en el hospital, y la cariñosísima solicitud con que prodigaba su presencia en la casa del pobre desvalido; bien es verdad que con todo ello no hacía mas que responder á los sentimientos de encendida caridad cristiana en que se abrasaba tan noble corazón.

(1) A más de las dificultades señaladas, debe agregarse el coste, en verdad excesiva para aquella época, de las ediciones, y la escasez de ejemplares dada la falta casi absoluta de vias de comunicación y de publicidad. En prueba de ello, recordemos que el mismo Solano, en el prólogo de su primera obra «*Origen morbozo*», dice se detuvo por algunos años la impresión por falta de medios, siendo así que se trataba de un volumen pequeño, cuya impresión estaria hoy al alcance de la fortuna más modesta.

(2) El *Lapis Lydos*, cuyo original presentó Solano á la censura en 1722, no pudo aparecer, por detención en las licencias, hasta diez años despues. Pero bien vengado quedó Solano en ésta ocasión por el eruditísimo maestro Fray Benito Freijó, quien dice, con ático donaire, en el tomo V, carta 9.ª, «esto solo pudo ser obra de cuatro medicastro de la corte, que tambien aquí los hay como en las provincias más remotas».

Empero, cual acontecer suele, fué su patria la que menos apreciara y estimara los descubrimientos, las originales observaciones y las obras insignes del inmortal Solano de Luque; y por mucho que nos duela consignarlo, fuerza es señalar el hecho tristísimo de haber sido un extranjero, un irlandés, quien difundiera por el mundo científico las peregrinas investigaciones del médico antequerano. la trascendencia y profundidad de su doctrina, y sus magistrales producciones apenas en España conocidas. En efecto, á los tres años de publicado el *Lapis Lydos*, cuya impresión se demoró por obstáculos tan censurables como la envidia que los sugería, el Sr. D. Pedro Rojo, médico del hospital de San Juan de Dios de Cádiz, presentó un ejemplar de la obra al célebre doctor irlandés Jáime Nihell (á quien Van-Swieten llama *eruditísimo* y *agudísimo*), que á la sazón residía accidentalmente en dicha ciudad. Maravillado quedó el ilustre extranjero al contemplar la exuberancia de originalidad y de doctrina que rebosaban en la obra de aquel modesto y humilde médico de pueblo, desconocido de sus mismos compatriotas, mirado con indiferencia ó desapego por sus profesores de la corte, oscurecido, en fin, como lo está frecuentemente el verdadero mérito que no intriga ni rastrea para obtener aquello que tiene la conciencia de merecer; y, dudando fuese compatible la verdad de los hechos con pronósticos tan singulares cual eran los en el libro registrados, decidió trasladarse á la ciudad de Antequera para verificar por sí mismo la exactitud de tales datos y conocer personalmente al que ya admiraba por sus escritos.

La residencia del Doctor Nihell en Antequera debió representar para Solano de Luque una de las épocas más gratas de su trabajada existencia, pues al fin lograba entenderse con un espíritu capaz de comprenderle, con una ilustración que, sin envidias ni prevenciones, iba á juzgar la veracidad de sus asertos, con un criterio superior que, penetrado de la

bondad de su doctrina, la difundiría por toda Europa asegurando á su autor imperecedero renombre. Y así aconteció, en efecto. Ambos concurrían diariamente al hospital, y, en las enfermerías de Luque, mostraba este al doctor irlandés las variedades sifmícas más notables, estableciendo con arreglo á ellas juicios pronósticos que el tiempo se encargaba de confirmar en todos los casos (1); reunidos sostenían elevadas pláticas sobre la necesidad de combatir el rutinismo de aquellos tiempos, en los que parece increíble dominaran todavía las opiniones del médico de Pérgamo; y asociados también concurrían á las visitas particulares de los vecinos pudientes (representando Nihell, como dice nuestro discreto Fray Feijóo, el papel de ayudante), donde igualmente se compulsaron los aciertos y observaciones de nuestro ilustre compatriota.

Duró tan plácida compañía por espacio de dos meses, fenecidos los cuales se partió Nihell para su país. llevando el más firme convencimiento respecto á la exactitud de las opiniones y doctrinas del médico antequerano; y, considerándolo muy superior á lo que sus escritos anunciaban (2), se propuso difundir por Europa las excelencias de unas observaciones cuya trascendental importancia pasaba en España completamente desapercibida.

(1) En las *Observaciones sobre el pulso* se lee el siguiente caso: «Era este un joven de veintidós años, y habiéndolo pulsado uno de los pasantes de Solano, dijo: ya llegó el caso de que el Sr. D. Jaime vea y toque lo que viene buscando. Con esta noticia llegó Solano á pulsarlo y reconociendo un pulso *stretto* en todas las pulsaciones, y que el segundo golpe era *parvo*, dijo á Nihell que lo pulsase, y luego que se hubo informado, le previno que tocase en los enfermos pulso semejante, tendría cierta augura de ataques dentro de las veinticuatro horas, pero que sería poca. Maravillóse Nihell del pronóstico, y aunque replicó que mirase que no se hallaba en el enfermo ni rubor de mejillas, ni elevación de los hipocostados, ni cargazón de cabeza, ni pulsaciones temporales, ni otro alguno de los signos que se hallan descritos como *precursores* de dicha hemorragia, le respondió Solano que no obstante experimentaría cierta la sangre pronosticada... Pasó el enfermo la noche sin mutación alguna hasta que á las cuatro de la mañana dió tres ó cuatro estornudos arrojando en ellos dos grumos grandes de sangre coagulada, tras de lo cual vinieron siete ú ocho gotas de sangre, las que, recogidas en un pañuelo, manifestó el enfermo por la mañana. Pasóse D. Jaime y talés cuando vió que, por subsistir el mismo pulso, pronosticó Solano más sangre para la tarde de aquel día, y cuando volvieron á visitarlo hallaron el pañuelo con cerca de una docena de manchas de sangre, unas grandes y otras pequeñas.»

(2) Sabido es que Solano de Luque no era muy correcto escritor, adoleciendo unas veces de falta de claridad y otras de extremada difusión; pequeños lunares que se desvanecen al considerar la profundidad y alcance de sus juicios, su exactísimo criterio, su clara intencion, y sobre todo aquella fuerza de atencion sin la cual no hubiera podido realizar tan múltiples, exactas y minuciosas observaciones.

Sus nobles propósitos comenzaron á realizarse tan luego como arribó á Londres, pues al momento se apresuró á propagar la doctrina de nuestro compatriota, cuyo nombre, ensalzado por autoridad tan notoria, corrió, en alas de la fama, primero por toda la Gran Bretaña, y despues por el resto de Europa, merced á las referencias y elogios que tributaron á Solano las celebridades médicas de la época, los Lavrott, Mons, Trevoux, Noortwyh, y muy especialmente el ilustre Van-Swieten, príncipe de los observadores clínicos de aquel tiempo y médico del Emperador de Alemania (1). A tan justísima reparacion, tributada por los sábios extranjeros al mérito desatendido en su pátria, contribuyó en gran parte la traduccion que al inglés hizo del «*Lapis Lydos*» el diligente Nihell; version enriquecida con algunas juiciosas observaciones del traductor, y que sirvió de matriz para traducciones ulteriores al francés, latin, aleman é italiano. De este modo, en todas las principales lenguas de la culta Europa, se dieron á la estampa las perspicuas investigaciones de aquel modestísimo sábio, cuya prognosis fué la admiracion del mundo, en tanto que España, á quien así homraba, apenas si hizo aprecio del génio que la realzó (2). ¡Loor imperecedero al ilustre Nihell, cuyo nombre irá eternamente unido al de Solano por aquel lazo que estrecha las almas grandes y generosas en el vinculo del mútuo apoyo! Sin aquel, quizá ignorásemos actualmente que existió este luminar de la medicina pátria, de la propia manera que sin la Católica Isabel quizá hubiera muerto Colon sin haber dado cima á la empresa que lo inmortalizara.

(1) En los «Comentarios á los *afarismos*» de su egregio maestro Boerhaave, dice Van-Swieten (tomo II, pagina 23), elogiando la alta significacion pronostica descubierta por Solano de Loque en el exámen del pulso: «*Sola observatione pulsus in morbis, didicerat varias criticas evacuationes per alium, urinas, sudores, variam hemorrhagiam, etc. pradicere, imó et sepe definire, qua hora ha crises expectande forent, non sine magno omnium admiratione.*»

(2) Apresurámonos á consignar una excepcion honorosísima. El Dr. D. Manuel Gutierrez de los Rios, establecido en Cádiz, dió á conocer, algunos años despues, y ensalzó la doctrina de Solano, en su obra intitulada «*Idioma de la naturaleza*». Quizá aun este, y el eruditísimo Fejoo, los únicos españoles que contribuyeron á la fama póstuma del médico antequerano.



Como si solo hubiera esperado para pasar á mejor vida la realizacion de ver ámpliamente difundida su doctrina, Solano de Luque, despues de rehusar, por el mal estado de su salud, un partido ventajosísimo que, para atraerlo á su recinto, le hizo la ciudad de Cádiz (1), y habiendo recibido como único galardón á sus trabajos el fantástico y prodigado título de Médico honorario del rey Felipe V, entregó su alma al Señor el 31 de Marzo de 1738 (que cayó en Domingo de Ramos), á las cinco de la mañana, legando á sus hijos, ya que no riquezas imposibles de atesorar por quien como él dividía con el pobre sus estrechos emolumentos (2), un nombre ilustre, una honra sin mancha y un ejemplo de humildad y de modestia por las cuales realzaban todavía más sus méritos sobresalientes. Fué tambien varón piadosísimo y de probadas doctrinas católicas, como lo demuestran las dedicatorias de sus obras, que siempre puso al amparo del santo nombre de María de quien era muy ferviente devoto, y así lo acreditan igualmente estas hermosas palabras del proemio con que encabezaba su *«Lapis Lydos»*. *«Retocada mi pluma del temor santo de Dios, cuyo norte es la Divina Providencia, y cuyos socorros constantemente imploro, bien pueden darse al viento las velas de mi discurso, seguro de que la navicilla de mi ignorancia logrará feliz éxito»*; ó bien estas otras del prólogo del *«Origen morboso»*. *«Solo hago alarde de ser temeroso á las iras de Dios, conociendo que el callar la conocida verdad y examinada razon, es estímulo á su indignacion y justicia; es acreditarse de humilde, siendo tímidamente soberbio.»*

(1) Esta proposicion ventajosa que le hizo Cadix se debió igualmente á los extranjeros, pues los muchos ingleses que residían en aquel, por entonces, emporio del comercio de las Indias, fueron los que, advertidos de los méritos de Solano, merced á las publicaciones inglesas de Nicholl, gestionaron hasta conseguir que la ciudad le ofreciese buena renta si fijaba en ella su residencia.

(2) Tan menguados fueron los recursos materiales que Solano dejó a su muerte, que la viuda de aquel grande hombre tuvo, a poco, que vender las alhajas, la plata labrada y algun meslinario para atender á la subsistencia de su dilatada prole: á la carrera del hijo mayor D. Pedro.

II.

Á grandes rasgos trazada la biografía de tan insigne observador, consagraremos brevísimas palabras al carácter y valoración de su doctrina.

Juzgar á un hombre separándolo de la época en que vivió es despojar á la crítica de sus más fecundos veneros, reduciéndola á incompletas é injustas apreciaciones, como lo serán siempre las que se limitan á contemplar el objeto de exámen por una sola de sus caras, por uno solo de sus aspectos. Debe considerarse el grado de general cultura que rodeaba al personaje cuya significacion tratamos de valorar, los medios de que podía disponer para realizar sus investigaciones, las dificultades con que hubo de luchar ántes de dar forma á sus pensamientos, y la perfeccion que alcanzaba en aquel momento histórico la especialidad á que consagró sus desvelos. Trasladarnos, en una palabra, á la misma escena donde desarrollara sus facultades, y apreciar allí mismo lo que en realidad descolló sobre el nivel de sus contemporáneos. Y es esto tanto más necesario cuanto que la inteligencia humana, por privilegiada que se la suponga, no todo lo crea en un momento dado, ni todo lo perfecciona por impulsos genuinamente peculiares. Antes al contrario, hasta los más superiores génius se aprovechan del legado científico de las generaciones que les precedieron, así como de los adelantos de su misma época, para dar por su cuenta un nuevo impulso á la ciencia, ya bajo la forma de grandes descubrimientos ó de fórmulas nuevas que sean más legitimamente la expresion de la verdad.

Si olvidáramos la precedente regla crítica, ¡cuán pigmeos aparecerían á nuestros ojos la mayor parte de los hombres insignes que dejaron grabada indeleble huella en la via de los progresos científicos! La generacion espontánea y la arbitraria clasificacion zoológica de Buffon, la exclusiva oxidacion intrapulmonar de Lavoisier, las múltiples facultades anímicas de Sthal (1), la idea de la emision de los cuerpos defendida por Newton, las quintas esencias de Paracelso, las estrambóticas soluciones dadas por Bacon en su *Novum Organum* (2), las opiniones de Colon sobre el diámetro terrestre (3), y tantos otros errores como han sido defendidos por los primeros génios de que la humanidad ha dado muestra, menos deben atribuirse á la respetable personalidad que lo sustentara que al atraso científico de la época en que floreció. Por lo tanto, es y será siempre crítica estrecha la que juzgue á nuestros predecesores bajo el prisma de la época actual, mucho más rica en adelantos, en medios auxiliares, en difusion de conocimientos, en bibliografía, en aparatos de perfeccion y de amplificacion, olvidando las dificultades que, con penalidad tanta, hubieron de vencer aquellos ilustres varones para lograr la adquisicion de ciertas verdades que hoy nos parecen trivialidades infantiles.

Con esta idea de justísima consideracion á los tiempos que su autor alcanzó, vamos á juzgar las doctrinas médicas de

(1) En su *Theoria medica vera* (1 vol. en 4.º, Halle, 1703) expresó que el principio espiritual del alma dirige todas las funciones.

(2) El ilustre caxiller de la Reina Isabel de Inglaterra, digno de los homenajes de la posteridad, aunque solo fuera por haber sustituido la induccion al siogismo, resuelve, sin embargo, de una manera absurda, estrambótica y hasta risible algunas de las cuestiones que el mismo se propone en el *Organum*. Sirvan de ejemplo las siguientes: «muevense los molinos de viento porque el aire, comprimido contra las aspas, pierde la paciencia, les da por dentro, como con el codo, para dilatarse, y así las hace girar»; «el mal olor de los excrementos depende de su melancolia por verse arrujados del cuerpo»; «la salamandra apaga el fuego porque tiene la virtud extintiva»; «asi como deteniendo el aliento se respira, después con más fuerza, del mismo modo se lleva el brazo hacia atrás para arrojar algo con más fuerza». Pues bien, el autor de semejantes nimiedades es el que ha dado á las ciencias modernas nada menos que el método filosófico que, basado en la observacion y el análisis, dirije sus maravillosos progresos.

(3) Sabido es que el gran Colon supuso á la tierra mucho más pequeña de lo que es en realidad, por cuyo error surgió en la idea de no haber descubierto un nuevo mundo, pues considerando ser bastante su viaje para llegar á Asia, dando la vuelta á la esfera terrestre, alrgo la opinion de que la tierra americana eran los confines orientales del Asia, ó sean las *Indias orientales* como él las llamaba.

Solano de Luque, firmemente persuadidos de que, en algunos puntos, caerían por su base si á medirlas fuéramos con el compás científico de la presente época; bien es verdad que, en igualdad de casos, no saldrían mejor paradas las de Hipócrates, Celso, Areteo, Galeno, Celio Aureliano, Razes, Morton, Cullen, Haller, Morgagni, Baglivio, Barthez, Broussais. Pinel, y cuantos, como grandes clínicos, insignes observadores, creadores de nuevos sistemas, y autores de preciados descubrimientos, han ilustrado las páginas de la historia de la medicina.

Apareció Solano de Luque en una época de verdadera reforma. El antiguo dogmatismo galénico, con su exagerado humorismo, su teoría de los cuatro elementos, á la que no cabe ni aun el mérito de la originalidad (1), y su variedad de almas (racional, irascible y vegetativa), imperó despóticamente, á pesar de sus errores, por espacio de trece siglos, siendo considerado cual inviolable oráculo á quien por todos se rendía el más servil homenaje. Tímidos comentadores del gran médico de Pérgamo fueron, en el siglo III Celio Aureliano, á principios del VI Alejandro de Tralles, notable, á pesar de sus amuletos (2), por ser la única ilustración médica que destelló alguna luz al consumarse la invasión de los bárbaros, así como igualmente las poquísimas notabilidades antropológicas que produjo la escuela de Salerno tan dada al misticismo y á los remedios sobrenaturales (3). Hasta los

(1) Antes de Galeno, Hipócrates y Aristóteles ya admitieron los cuatro elementos, (*calor, frío, sequedad, humedad*), que consideraban como cualidades primordiales del cuerpo. Sin embargo, es mucho más clara y comprensiva la explicación dada por el médico de Marco Aurelio á propósito de esta doctrina, según puede verse en sus obras *De constitutione artis medicae*, cap. VII, *Introducción en medicina*, cap. IX, y *De elementis ex Hippocrate*, lib. I, cap. I.

(2) Entre otras mil extravagancias, aconseja contra la jaqueca llevar suspendida al pecho una hoja de olivo con esta inscripción: $\chi\lambda\ \gamma\tau\ \alpha$. En cambio hizo brillante campaña contra el espíritu de sistema y llamó particularmente la atención sobre el tratamiento moral. Véase la traducción de sus obras en el *Artis Medicinae Principes*, impresión de 1867, por Enri Etienne).

(3) La Escuela Salernitana, fundación debida á San Benito cuando agregó á sus estatutos de Monte Casino y de Salerno el cuidado de los enfermos, fué ilustrada por San Zestario, Abad, que escribió un tratado de medicina, y por el filósofo Constantino Africano; sin embargo, como expresamos en el texto, se caracterizó especialmente por su acentuado misticismo, y la gran concurrencia de peregrinos dolien-

médicos árabes, no obstante empuñar el lábaro del progreso científico desde el siglo VII al XIV y ser sus academias médicas de Córdoba y de Bagdad (1) las más célebres de aquellos tiempos, respetaban las opiniones y doctrinas galénicas, siendo en gran parte compilaciones de estas las «*Pandectas*» de Harum de Alejandria, el *al Meleki* (el Real) de Ali ben Abas, el *Canon* de Avicena y el *Koulyyath* del cordobés Averroes. Vino despues una época de notoria transición, ilustrada por los trabajos de Fernel (1590), Baillon (1538), Plater (1526), y del vallisoletano Luis Mercado (1513), quienes ya se permitieron discrepar un tanto de las doctrinas de Galeno. Mas quien por esa misma época (1520), se decidió á rechazarlas de frente fué el suizo Paracelso, uno de los hombres más diversamente apreciados por la historia, pues mientras algunos le califican de osado charlatan no falta quien le considera como el reformador de la medicina y el precursor de los estudios modernos (2), hallándose la verdad del juicio, como acontecer suele, en el temperamento medio de ambos calificativos extremos.

Iniciada por Paracelso la reaccion contra los estrechos moldes del galénico sistema, y proseguida esta era de más libre crítica por los eminentes clínicos Boerhaave (1690), Hoffman (1692) y Baglivio (1694), comienza nuestro Solano sus investigaciones (1710), cuando apenas eran en España cono-

tes que á esta reunion era motivada por el deseo de tocar las reliquias de San Mateo, Santa Susana y Santa Fecl. En sus últimos estatutos académicos, debidos á Federico II, se prescribían, como textos para la carrera médica, el *arte* de Galeno, y los *afortismos* de Hipócrates.

(1) También en Murcia, Toledo y Sevilla, pero no alcanzaron la celebridad de la Escuela cordobesa, á la que pudo competir en Bagdad, y de la cual era profesor el insigne Averroes (natural del mismo Córdoba), muerto en Marruecos en 1198, maestro de los no menos ilustres Abdallah ben Achmed (de Málaga), Abu Casim (también español), y Ebu Zair (de Sevilla), médico, en Marruecos, del cañía Ebu Atafsin.

(2) Para ambas opiniones dio fundamento el hombre que, no obstante haber arrastrado á la Quimica del dominio empirico de los alquimistas, ser ilustra defensor de la experiencia en Medicina, y haber propagado el uso de medicamentos tan importantes como el mercurio y el ópio, se abandonaba á delirios de charlatan tanosturgo, y despues de quemar en la plaza pública los libros de Hipócrates y Galeno, exclamaba: Aprended, médicos, pues mi sombrero sabe más que todos vosotros, y mis barbas tienen más experiencia que todas vuestras academias juntas Griegas, latinas, árabes, francesas é italianas. Judios y malometanos vosotros me seguides, y yo no os seguiré jamás; y me seguides porque soy vuestro monarca y la soberanía me pertenece. (Prefacio del libro titulado *Parergonum, et alibi*).

cidos estos trabajos que ya minaban la autoridad del médico de Pérgamo, cuyas opiniones eran fielmente seguidas, por aquella época, en todas nuestras universidades. El primer mérito que encontramos en Solano de Luque es el que se desprende de esta consideración histórica; pues á él debe España el haberse nivelado con los demás países europeos en cuanto á la refutación de los errores que ofrecía una doctrina á la sazón preponderante en nuestra patria.

La valoración sfígnica representa el punto culminante y desde luego el más original de la doctrina del ilustre médico antequerano. Mas, contra lo que generalmente se afirma, no limitó sus investigaciones á predecir, mediante el pulso, la terminación favorable ó adversa de los estados morbosos, pues si bien es cierto que creó, y este es uno de sus más gloriosos timbres, la significación pronóstica de los latidos arteriales, no lo es menos que apreció cual ningún otro las variedades del pulso en cuanto á su regularidad é igualdad, descubriendo la existencia del pulso *dicroto*, y reduciendo á menor número las cuarenta y dos especies de pulsación que Galeno admitía. Al precisar los caracteres de los pulsos compuestos, llegó á un grado de exactitud tan admirable, que sus descripciones, fielmente reproducidas en 1736 por Bordeu (1) y en 1767 por Fouquet (2), pueden servirnos actualmente de modelo para desarrollar este punto de semeiología. Tampoco se circunscribió á compulsar las particularidades características de cada clase de latido, pues, merced á su notable espíritu de observación y al tacto exquisito con que lo dotara la Providencia, pudo elevarse al verdadero término de la indagación clínica, inquiriendo el valor diagnóstico de las distintas pulsaciones y asignando á cada una de las en-

1) Bordeu; *Recherches sur le pouls*, 1736. Aunque en esta obra se advierte más riqueza de datos, en relación con la mayor cultura de la Francia por la época en que se escribió, ésta, sin embargo, cae de en las observaciones de Solano, al cual, y dicho sea de paso, creyeron fraile muchos escritores franceses, sin duda por haber visto en abreviatura Fr.; su nombre Francisco.

2) Fouquet; *Essai sur le pouls*, Montpellier, 1767. A Fouquet se debe el establecimiento del sistema diagnóstico que por tantos años ha imperado en la Facultad de Medicina de Montpellier.

fermedades, por su época conocidas, la variedad sígmica que le era peculiar. De esta manera, establecía el valor diagnóstico del exámen del pulso, considerándolo cual precioso signo para la determinacion de los estados patológicos.

En cuanto á la prognósis deducida de la investigación sígmológica, si bien cayó en exageraciones disculpables en quien, como Solano, daba á conocer un hecho nuevo con el cual involuntariamente se encariña el ánimo del autor del descubrimiento, ofrece en cambio aquella doctrina puntos verídicos no bien señalados hasta ahora y que nosotros vamos á complacernos en consignar. Desde luego resulta inadmisibile que la apreciacion de los movimientos diastólico y sistólico del vaso arroje luz bastante para predecir la hora y el punto por donde ha de operarse una hemorragia ó cualquier otro flujo crítico (1); y bajo tal concepto la doctrina sígmica de Solano que considera ser el pulso dicroto indicante de rinorragia crítica; el intermitente, de diarrea; el *intermitente con molice* (son sus palabras), de poliuria; el intermitente y duro, de vómitos; el *inciduo* (que así llamaba al desigual ascendente), de sudor, no puede resistir al imparcial análisis de los hechos. Pero de aquí hasta negar todo valor pronóstico, en relacion con las crisis, al exámen de la pulsacion, hay una distancia inmensa que solo puede salvarse ignorando que el proceso hemorrágico, de orden no traumático, va precedido comunmente de una evolucion hiperhémica, por la que, aumentando de un modo notable la tension de los vasos, adquiere el diástole arterial determinados caracteres susceptibles de apreciacion tactil. En lo tanto, este conocimiento que adquirimos del grado de la tension sanguínea puede hacernos sospechar la aparicion de una próxima hemorragia.

(1) Por antigua que sea la teoría, nosotros hemos demostrado, en una de nuestras publicaciones, que la existencia de las crisis es indudable, siendo extraño al objeto de este discurso entrar en detalles sobre dicho punto doctrinal.

Advertidos ya respecto á lo que sin dificultad puede hoy admitirse de aquella doctrina, pasaremos á exponer, valiéndonos del texto del *Lapis Lydos*, los principales conceptos que encierra:

«El pulso dícroto es aquel que por intervalos, ya largos ya cortos, hiere dos veces apresuradamente la yema de los dedos, siendo menor el segundo golpe que el primero. Indica la hemorragia de narices, y se engañaron los antiguos en tenerlo por pernicioso. Según la fuerza con que hiere el segundo golpe del pulso dícroto, comparado con el primero, así será la cantidad de sangre que viniere. Al correr la sangre irá desvaneciéndose el segundo golpe del pulso, hasta que desaparezca. Siendo más fuerte el segundo golpe en una mano que en otra, la hemorragia será mayor por la ventana de la nariz correspondiente al lado donde se gradúe más la bipulsación» (1).

En cuanto al valor pronóstico del pulso intermitente, dijo: «Es pulso intermitente aquel que por intervalos, más ó menos largos, se interrumpe durante una, dos ó dos y media pulsaciones. Es la más cierta señal de diarrea crítica. Cuando se le percibe con molice es indicante de gran copia de orina con algunos cursos. Cuando se toca la arteria dura es señal de que la diarrea viene con vómitos. Siendo largo el intervalo, será grande la evacuación diarreica. Cuando se abrevian ó aceleran sus repeticiones, así se aproximan del mismo modo las crisis; y al consumarse la crisis se va desvaneciendo la intermitencia» (2).

Por último, respecto á la significación del pulso desigual, que él llamaba *inciduo*, estableció las reglas siguientes: «Es pulso inciduo el que se eleva cada una, dos, tres ó cuatro pulsaciones, tanto en altura como en vigor. Cuando es á la vez blando, es más cierta la señal del futuro sudor crítico.

(1) *Lapis Lydos Apollinis*, páginas 79, 80 y 81.

(2) *Loc. cit.*, páginas 85 y 89.



Si se abrevian ó aceleran sus repeticiones, del mismo modo se aproxima la crisis. Siendo grande su vehemencia, así en el número de los golpes como en su magnitud, del mismo modo será copioso el sudor; pero si fuere pequeña será corto. Si apareciere con dureza y tension de la arteria anuncia es-creciones cutáneas. Si se fuere desvaneciendo el pulso á presencia de la crisis del mismo modo se irá ésta consu-mando. Si volviere este pulso de nuevo, se repetirá de nuevo el sudor» (1).

Aunque sucinto é incompleto, el anterior extracto de las leyes sfígmicas establecidas por Solano como indicantes de los fenómenos críticos, da una idea aproximada de las prolijas observaciones que debió llevar á cabo antes de estable-cer, cual principios generales aforísticos, los dogmas que con precision tal desarrollaba; siendo tambien de admirar la exactitud que emplea cuando describe aquellas tres princi-pales variantes de la pulsacion.

Pero no es esta la única gloria de Solano de Luque, pues á cada paso sus escritos, rebosando honda y sana doctrina, nos muestran al juicioso observador, no menos digno de elo-gio cuando, con un espíritu de analisis incomparable, sondea los más insignificantes detalles, que cuando fecunda la ob-servacion, valiéndose del raciocinio, para deducir principios y leyes de los hechos observados. Justificarán esta aprecia-cion los siguientes pasajes de sus obras:

«Las sanguijuelas rara vez aprovechan á los frenéticos». Indicacion que basta para inmortalizar á Solano, pues, ade-lantándose á su época, se coloca, al emitirla, á la altura de nuestros días, demostrando conoció que el delirio procedía casi siempre de procesos isquémicos ó de deficiencia en los elementos globulares de la sangre; hecho que si jamás se hubiese olvidado no habrían descendido al sepulcro tantos

(1) *Loc. cit.*, página 98.

enfermos de nervosismo como en la primera mitad del presente siglo se trataron con el plan antiflogístico rigoroso.

«La malignidad, para los sábios, es impedimento para sangrar; y para los idiotas, el mayor estímulo». No puede decirse con mayor energía y propiedad que los estados sépticos, tíficos, etc. contraindican generalmente las evacuaciones sanguíneas, dato también adquirido por la ciencia en estos últimos años.

«Es nudo incomprensible investigar en qué consiste la virtud de las mixturas». «Origen es de muchos males mezclar los remedios compuestos». «Ordenar pocas y simples medicinas es máxima de Hipócrates». «Es imposible saber el tercio que resulta del agua, vino y vinagre mezclados». «Aquel médico que se jacta sobre el difunto de haber revuelto toda la botica para curarlo, es indigno del nombre». «Si se prohíbe la comida á los enfermos, mucho más bien se debe prohibir la confusión y multitud de los remedios». «Menos daño se causa obrando poco, que haciendo muchos remedios». «Los más de los enfermos mueren de curados». Por manera tan sencilla y gráfica como resulta en los precedentes aforismos, condenaba Solano la tan arraigada polifarmacia galénica que aun en su época dominaba en España, abogando siempre por la simplicidad en los indicados que es cabalmente á lo que aspira la terapéutica moderna.

Dió también clara muestra de conocer los antagonismos secretorios y la compensación de ciertas evacuaciones cuando dice: «El más eficaz remedio contra el sudor es la diarrea». Ponderando los esfuerzos curativos de la naturaleza, y lanzando fina sátira á los ergotistas que con sus infecundos siglogismos mantenían en lamentable retraso la medicina patria, dice: «La naturaleza, sin ergos ni disputas, cura frecuentemente las enfermedades. Ella es la maestra de los sábios de la medicina, y no solo acaba todas las obras naturales, sino que suple defectos y renueva pérdidas».

Fué, por último, gran encomiador de la experiencia propia, un tanto olvidada por los dogmáticos, demostrando así que el magister dixit no debía ser el único venero de la cultura médica; observacion tanto más fecunda y oportuna cuanto que en aquella época de estricta disciplina intelectual se reducía la enseñanza á limitados textos en los cuales principiaba y terminaba todo el inventario de los conocimientos que debían adquirirse. Con razon, pues, añadía: «Es la experiencia lo más importante y lo más infalible». «El estudio del médico tan solo ha de ser en libros hechos á golpes de la experiencia». «Los escolásticos gustan mas dar de ojos con sus dogmas que acertar con las experiencias».

Concluiremos este somero análisis de las principales opiniones sustentadas por el ilustre montillano, citando, con el Sr. Fernandez Morejon (1), que en su doctrina abundan curiosas sentencias y sábias reflexiones sobre la purga y sangría, sobre la multitud de remedios, sobre los medicamentos simples y compuestos y finalmente sobre las enfermedades, los médicos y la naturaleza: no pudiendo resistir á la tentacion de trasladar textualmente las circunstancias en que verificó el descubrimiento del pulso dicoto y su significacion para el pronóstico, pues la misma ingenuidad y candor que resaltan en este pasaje son clara muestra de la honradad de su carácter. Dice así Solano:

«Caminaba yo al parecer seguro por las más anchas, descubiertas ó trilladas veredas de la medicina, pulsando con todos, y juzgando de las diferencias del pulso como cualquiera, gobernándome por lo que hallaba escrito en príncipes, comentadores y demás clásicos escritores que nos dejaron las más selectas noticias de este maravilloso movimiento, cuando en cierta ocasion, curando una calentura ardiente en un manco de veintidos años, entre los índices que conspiran á la

(1) Fernandez Morejon: *Historia bibliográfica de la Medicina española*: edicion de la biblioteca eccelesidica de Medicina y Cirugia, Madrid, 1856, t. VI, pag. 425.

capitulacion médica de este accidente, y á cuya constitucion concurría el síndrome de signos patognómicos, y accidentes suyos, entre todos ellos toqué un pulso vehemente, celer y crebo, mas con bispulsacion conocida; de forma que lo constituí por pulso verdaderamente dieroto; esto es, que *ante submissionem absolutam secundo manum tangentis feriebat.*»

«Volví al instante la consideracion á todo lo que nos dice Galeno de este pulso, medité sus causas, advertí sus significaciones y pronósticos, y me hallé á vista de la gravedad del morbo, y de lo que sentía de la bispulsacion, creído de la futura y no dilatada fatalidad de mi enfermo. Busqué en Avicena algun alivio; y cuando pensaba y deseaba encontrarlo, se me objetaron estas fúnebres palabras: *Pulsus martellinus* (que es del que voy hablando) *malus est; conque á Bosforo exeundo, intrabam euripum;* ó por decirlo mas claro, saliendo de un vagio, daba en un escollo. Procuré no obstante consultar á los posteriores escritos, y no hallé uno tan solo que me diera buenas esperanzas de la salud de mi enfermo: antes todos unánimes me la anunciaban perdida y sin remedio.»

«Instábanme las indicaciones de tanto accidente, á oponerme con los remedios mayores y más preciosos para aplacar tanta fatiga; y si pensaba en sangrarlo, al instante discurría que si aquella novedad ó diferencia de pulso fuese índice de algun movimiento (acaso saludable) de naturaleza, no hay duda lo perturbaria ó impediría, en lo cual veía certísimo el peligro, y temía tambien la debilidad que por la sangría contraria el enfermo, y que quebradas sus fuerzas no podría despues superar tan robusto y peligroso morbo: si intentaba por lo maligno que indica y constituye (*juxta communem sensum la bispulsacion*) valerme de algun alexifarmaco ó cordial de los que vulgarmente ó de estilo veía recetar, ó temía lo mismo, ó el aumentar el desenfreno de algun líquido,

ó causar mayor tension ó vibracion de las fibras. ó pervertir la buena proporcion y maridaje que entre sí tienen los líquidos, si el remedio acaso declinase á sulfúreo ó mercurial, porque ó bien se habian de saturar los líquidos de aquellas partículas extrañas, agudas y ligeras, ó bien habian de clavarse en los poros de los sólidos, estimulando y bellicando sus fibras, y de aquí los efectos dichos; y si reluciese en él ó estuviese de bando mayor lo ácido, salino ó nitroso, detener ó parar del mismo modo, y por el contrario influjo, la fermentacion y movimiento con que la naturaleza suele despumar y espeler las partículas ó cópulas extrañas que turbaban el buen temple y armonia que entre sí deben tener los sólidos y líquidos.....»

«Nadie extrañe mi irresolucion, que aunque la ignorancia es atrevida, porque no conoce riesgos ni distingue de colores, si miras con cuidado las doctrinas prácticas de mi antecedente, conocerás que esta que te parecerá omision, es la mejor y más segura práctica, la más conforme á las doctrinas de los príncipes, y por último, que fué realmente prudencia. Así batallaba mi cuidado, y así batallaba el enfermo: él entre fatigas y congojas revolcándose, y yo entre dudas y cuidados... En tormenta tan deshecha, y sin descanso alguno, pasamos uno y otro desde las seis de la mañana hasta las cinco de la tarde, hora en que le comenzó una *hemorragia narium* que le duró hora y media, con tres ó cuatro intervalos de algun tiempo. Corría la sangre, no con abundancia, *ni qualim*, sino con tal moderacion, que llenó dos tazas poco más en este tiempo: á mí me parece saldrían de seis á siete onzas de sangre: en este tiempo procuré no soltar el pulso del enfermo de mi mano, y observé que al paso que se iba remitiendo lo magno, celer y crebo del pulso, se quedaba casi imperceptible lo *dicroto*; pero cuando volvía la sangre, antecédia la bisulsacion, manifestándose clara y distintamente; y esto se repitió en todos los intervalos: y aunque desde que comenzó

el flujo, fué siempre remitiendo la magnitud, celeridad y crebridad, no así lo *martelino*, que esto repetía con vehemencia hasta que no hubo ni una sola gota de sangre que arrojar, y el enfermo quedó enteramente reducido, y el pulso en estado natural y sin novedad alguna.»

«Admiróme el suceso, procurando no olvidar lo referido, como cosa la más singular del arte, y que se le pasó por alto á cuantos de pulsos escribieron, pues no se halla, ó no tan solo que observase semejantes maravillas, y aun por eso todos *uno ore* condenan el referido pulso, poniéndolo entre los perniciosos y fatales. Finalmente, hablaré de las circunstancias de este pulso, y de la filosofía con que despues me he gobernado, para que conozcas los engaños que padecieron los antiguos, y para que se vea lo firme de esta maravilla; y no atribuyas el suceso hecho á acasos y contingencias, no; importa poco el que sepas que de allí á pocos días se me ofreció curar otro enfermo cuadragenario con otra calentura *ex genere ardentium*. . . . A este noté tambien junto con lo veloz, vehemente y crebo del pulso, la bispulsacion que dejo referida; y desde el día y hora que la advertí, me paré por no perturbar ó embarazar tan estupendo y saludable movimiento como el pasado, el cual vino á las mismas horas y con los mismos efectos, dejando al enfermo libre enteramente de su enfermedad; y solo noté en este caso, que fué menor la cantidad de sangre que salió que en el pasado, lo cual yo ya había presumido, por haber tocado que el rechazo ó segundo golpe de la arteria era menos fuerte que el primero, aunque continuo en todas pulsaciones; pero en el primer enfermo eran iguales, tocándose igual vehemencia en ambos. . . .»

«Despues acá, se me han ofrecido muchísimos enfermos de semejantes accidentes; y en todos aquellos que el dicho pulso *dicroto* he tocado, en ninguno me ha fallado el movimiento y terminacion referida; en que mediante la observacion y cuidado, he adelantado el conocimiento del *cuándo* de

esta crisis, que en todas no es uno mismo, porque varía el tiempo, según las varias circunstancias con que el dicho pulso dicróto suele acompañarse ó percibirse: procuraré ir descifrando tan importante invento, sin dejar las más menudas circunstancias que yo he observado, para que conociéndolas todos en tiempo, logren los enfermos en tan arriesgados accidentes, ser socorridos ó medicados en la ocasión que no lo repugne el intento ó movimiento de naturaleza, que es el más noble y eficaz antídoto; siendo el mejor el que el médico á vista de tales terminaciones, ó por mejor decir, á vista de tales pulsos, no aplique el menor remedio, para que no embarazada ó no perturbada la naturaleza con la medicina, logre tan admirables y completas victorias como has oído.»

III.

Antes de abandonar el grato recuerdo de varon tan insigne, justo será consagremos algunas frases al índice bibliográfico de sus producciones; que realmente solo á manera de índice vamos á referir, pues acabadas obras de tan preclara inteligencia requerirían para su cabal análisis y maduro exámen mas lato espacio del que podemos disponer.

Siendo aun jóven, hizo imprimir en Málaga la primera de sus publicaciones, intitulada:

«Origen morboso comun y universal, generante de los accidentes todos segun la irrefragable doctrina del grande Hipócrates; esprimida por el trabajo del Dr. D. Francisco Solano de Luque, Catedrático sustituto que fué en la insigne é imperial Universidad de Granada, sócio de la Real Academia de Sevilla, médico y vecino de esta ciudad de Antequera. Dedicado al Sr. D. Pedro Jacinto Ruiz Díaz de Narraez, conde de Boradilla, etc. Málaga, por Juan Vazquez Piedrola. 1718, en 8.»

Algunos años hubieron de trascurrir ántes de que Solano viera impreso este primer fruto de su talento y laboriosidad, pues en el prólogo dice que por *falta de medios* no pudo darla ántes á la estampa, circunstancia que arguye dos datos á cual más meritorios en su favor: de una parte, los sacrificios que hubo de imponerse para dar participacion de sus observaciones al público, en vez de reservarlas convirtiendo el ejercicio médico en una especie de arte de adivinacion



como solían hacer por entonces algunos espíritus egoístas (1); y de otra, los cortos años en que ya dió sazonados frutos su privilegiada inteligencia, toda vez que el original se encontraba terminado mucho ántes de realizarse la impresión. Fué, pues, el *Origen morboso* representación viva de sus albores profesionales, y clara muestra de las primicias de un espíritu observador que en tan temprana edad comenzaba ya á manifestarse.

Como censores de esta obra, los médicos de Sevilla don Alonso Francisco Sanchez y Zea y el Dr. D. Francisco Antonio de Herrero y Paniagua la aprobaron en 1718; apareciendo bajo la forma de un librito en 8.º, descuidadamente impreso en muy mal papel y con no más de doscientas veinte y cuatro páginas. Muéstrase en ella Solano gran observador de los preceptos hipocráticos, que sigue fielmente sobre todo en lo que se refiere á la acción morbosa de las pneumatósís, dividiendo la consideración de ellas en cuatro partes. Examina en la primera la patogenia y causas del flato; en la segunda, sus diferencias; en la tercera, la oportunidad, en tales casos, de la sangría y de la purga; y en la cuarta expone los medicamentos más abonados para su terapéutica. Mas, no se limita al reducido círculo de las pneumatósís; pues, considerándolas como causas de otros varios estados patológicos, discurre acertadamente sobre la naturaleza y caracteres de diversos *morbos agudos*, como él los llamaba, y no escatima observaciones atinadísimas respecto al plan curativo que en cada caso debe emplearse.

También es curiosa la terminante indicación de las aguas minerales artificiales, aconsejadas, en dicha obra, para aquellos casos en que el enfermo no puede hacer uso de las aguas con mineralización natural; é igualmente es notable su división de las obstrucciones en congestivas é irritativas, produ-

(1) En el *Lapis Lydi*, dice Solano: «En cosas del bien común, jamás, por el aura popular ni por interés alguno, oculté cosas que por su utilidad el público».

ciéndose estas últimas por la crispatura de los vasos y aquellas por la detención de los líquidos, conceptos ambos que con toda legitimidad corresponden á la idea que hoy tenemos de los procesos isquémicos é hiperhémicos. Señalaremos, por último, la refutación del estado purulento en que se suponía á la sangre durante el curso de algunas caquexias, opinión errónea que supo destruir Solano de Luque asegurando, como *buen cristiano* (son sus palabras), que léjos de haberse convertido el líquido sanguíneo en materia purulenta fina por motivo de la caquexia, halló que tenía un olor balsámico y el sabor ligeramente ácido, lo cual alejaba toda idea de putridez.

En 1722 presentó á los censores el original de su obra más acabada, que tituló:

«Lapis Lydos Apollinis: método seguro y el más útil, así para conocer como para curar las enfermedades agudas: venerada de los antiguos, aunque no practicada por no advertida de los modernos; y ahora demostrada con innumerables experiencias, observadas por el celo y diligente cuidado del Doctor Francisco Solano de Luque, médico honorario del Rey nuestro señor en su real familia, catédrico sustituto que fué en la imperial universidad de Granada, y socio de la regia sociedad de Sevilla. Madrid, imprenta de José Gonzalez, año 1751, en folio.»

Hasta 1727, es decir, cinco años después de su presentación, no se dieron las licencias del consejo y juez eclesiástico para la impresión, después de lo cual, y sin que sepamos el motivo, pasaron otros cinco años antes de salir á luz el libro, que, por lo tanto, no apareció hasta 1732 según indica la fecha de la tasa, posterior en un año á la de la portada.

Numerosas y graves adulteraciones empañaron la pureza de esta obra magistral: adulteraciones que observamos en casi todas sus partes, pero muy especialmente en los dos prólogos é introducción que siguen á la dedicatoria á la Virgen. Fueron

parte á estas sensibles mudanzas, en primer lugar el haberse escrito el original en latin, traduciéndolo despues al español ajena mano; en segundo lugar, las personas á quienes Solano consultó el manuscrito, que no escasearon adiciones intempestivas, respetadas luego por la bondad y daltzara de carácter del autor; y por fin, se sabe que un religioso, que vertió despues al latin la version castellana de la obra, le añadió á su placer textos de la Sagrada Escritura, de los doctores y Santos Padres, así como infinidad de prácticas místicas cuya incongruencia con el carácter exclusivamente científico del libro salta á primera vista. Si á esto agregamos la division de la obra en capítulos, separacion hecha despues de escrito el original todo correlativo sin division alguna, se comprenderá resulta en ella cierta confusion que no afecta sin embargo á la profunda y sana doctrina que se descubre en cuantos pá-sajes son genuinamente del ilustre médico antequerano.

En el *Lapis Lydos* desarrolla Solano su doctrina sfigmica, tal y como á la ligera hemos reseñado; insiste sobre el valor pronóstico del pulso, lo cual constituye la parte más original y concienzuda de la obra. pues ayudado de un tacto exquisito y privilegiado, adornándole un espíritu de observacion digno de la Escuela de Coos y dotado de un talento reflexivo y generalizador supó dar al idioma de los latidos arteriales in'erpelaciones más vastas que todos sus predecesores; se ocupa de otros vários fenómenos críticos señalando con particular tino los constituidos por diaforesis y poliuria; encomia la observacion hermanada con el raciocinio, alejándose por igual del petulante dogmatismo y del empirismo grosero; y critica, por fin, enérgicamente la multitud de remedios que se acumulaban para combatir la más sencilla entidad patológica.

Por lo que hace á la division material de la obra, despues de la dedicatoria á la Inmaculada Concepcion, figuran dos extensos prólogos seguidos de una introduccion bastante di-

fusa; todo lo cual constituye un prohemio que no ocupa menos de cuarenta pliegos, circunstancia siempre desfavorable para un libro que así empieza por cansar al lector con tan prolijos preámbulos ántes de entrar en materia. Recordando, sin duda, uno de los aforismos hipocráticos, dice, en el prólogo al autor, que la mayor dificultad de la medicina estriba en conocer el *tiempo*, la *ocasion* y el *cuando* de la naturaleza, precepto que demuestra se le alcanzó cuanto interesa la oportunidad en terapéutica. Luego divide el cuerpo de la obra en cuatro partes, respectivamente tituladas:

«*Primus hujus lapidis ictus*. Capítulo único. No falta en la naturaleza humana *ab ortu ad interitum* en cualquiera mutacion ó estado, movimiento necesario conservativo.»

«*Ictus secundus lapidis*. Capítulo único. Los antiguos veneraron, conocieron y tocaron el movimiento conservativo de la naturaleza, integrado de todas las acciones suyas; mas en las enfermedades no supieron el cuando ni por donde determinadamente criticaría, exterminando las causas de los morbos.»

«*Ictus tertius*. Capítulo único. Demuéstrase como sin el dicho preconocimiento, no es dable en la curacion acierto legítimo y esencial; y si alguno sucede, se debe reputar por ilegítimo, accidental y contingente.»

«*Quartus et ultimus istius lapidis ictus*. Capítulo 1.º Señas para conocer la ocasion de la medicina, saber y observarla, y como llegué yo á conocerla. Tócanse los signos ciertos de la hemorragia narium crítica, y su ocasion. Capítulo 2.º Índices hijos de la diarrea crítica y su hora. Capítulo 3.º Señas ciertas del sudor crítico y su tiempo. Capítulo 4.º Pónense casos y testigos de mayor excepcion que contestan la verdad propuesta.»

El texto del *Lapis Lydius* fué á poco ámpliamente comentado por el Doctor Gutierrez de los Rios, médico de Cádiz, en una obrita, intitulada «*El idioma de la naturaleza*,» que se publicó cuando aun vivía Solano, en 1738. Poco despues

(1741) el ilustre Nihell, de quien ya hemos hecho el debido elogio por la parte que tomó en dar á conocer al mundo médico las ideas de nuestro compatriota, dió á luz en inglés sus «*Observaciones para pronosticar las crisis por el pulso, con notas y advertencias arregladas al original de Solano.*» La traduccion del inglés al latin por Guillermo Noortwyk, profesor de medicina en Veneccia alcanzó tres ediciones, una en Lyden, otra en Amsterdam y la tercera en Venecia. Lavirott, en 1748, la tradujo al francés, y tanto Bordenau como Van-Swieten trasladaron á sus respectivas obras largos párrafos de la de Solano, á quien, sobre todo el último, encomian de la manera más entusiasta. Nuestro eruditísimo Feijóo hace tambien especial mencion de esta obra (de la que tuvo noticia por el docto valenciano D. José Ignacio Torres, residente en París, donde con gran aceptación ejercía la medicina) (1), para cuya adquisicion tuvo que valerse de la diligencia de un fraile franciscano de la corte, el cual, despues de muchas investigaciones por todas las librerías, solo consiguió encontrar un ejemplar. Leido este por aquel sábio maestro, que deseaba apreciar por sí mismo los admirables pronósticos de Solano de Luque, fué tanta la admiracion que le inspirara el ilustre antequerano que no vacila en colocarlo sobre Hipócrates y Galeno (2); juicio quizá exagerado, pero disculpable habida razon de su entusiasmo por la ciencia pátria y á causa tambien del mismo olvido en que los españoles del siglo XVIII tuvieron al insigne facultativo andaluz.

Por último, elogiaron el *Lapis Lydos* ensalzando y reco-

(1) Habiendo preguntado Feijóo al Dr. D. Ignacio Torres qué autores médicos gozaban de más fama en Francia, contesto éste refiriéndole los seis notables, y añadiere en los que más se distinguieron en la semiótica, le nombró, entre los más, á Bellini, Sydenham, Baglivio y el sacro *Facultadense* alabado de Solano de Luque, añadiendo: «He intentado he sacado el último á Solano, para celebrar con V. un español, que, en sentir de los mejores médicos de nuestros tiempos, ha superado desde Galeno á conatos: le han precedido; Mas, ah! y lo que sentí saber, que mientras se vendian en España los ejemplares de la única edicion de su última obra, habia leído ya un compendio de ella en las lenguas latina, inglesa, francesa y alemana, á fin de ver las notas con que me decian habia sido aumentada cada una de dichas traducciones».

(2) Véase, Chinchilla, *Anales histor. de la medicina en general*, Valencia, 1846, tomo III, página 76, columna 2.ª, donde aparece copiada la carta de Feijóo en que se ocupa de Solano.

mendando su doctrina, entre otras muchas celebridades médicas tanto nacionales como extranjeras, las siguientes: don Juan Pedraza y Castilla, Bachiller de Medicina y Filosofía en Antequera, socio honorario de la Real Sociedad médica de Sevilla, de la Real academia Portopolitana y discípulo de Solano de Luque; el Doctor D. Pedro Fermin, médico residente en Granada; el Doctor Mead, médico de cámara del Rey de Inglaterra; el Doctor Lavirote, catedrático de la Facultad de medicina de Montpellier; D. Francisco Buendía, presbítero, teólogo, médico de cámara de S. M., Vicepresidente de la Real Sociedad de Sevilla; D. Manuel Gomez de Lima, Director de las reales academias portuenses de cirugía y medicina, y lugarteniente del Cirujano mayor del reino de Portugal; los autores de las *Memorias de Trevoux* (Febrero de 1748, p. 367); y el Doctor Zea, médico, socio de número de la Real Sociedad de Sevilla. Finalmente, á poco de morir Solano, elogió caturosamente sus obras magistrales y sus opiniones médicas el célebre Buchoz, comparando á nuestro compatriota con Hipócrates en la pág. 120, t. 1.º de su *Medicina práctica moderna*.

Traducciones al inglés, alemán, italiano y francés; justísimos elogios tributados por los autores médicos de la época; una doctrina esencialmente fundada en la observación guiada por el raciocinio, y destellos de verdadera originalidad que, con su acostumbrada modestia, en vano trata Solano de ocultar buscando precedentes á sus teorías, todo ello contribuye á realzar el indiscutible mérito de una publicación que hizo época en la historia de la Bibliografía médica española y que puede calificarse como la primera obra científica que produjo nuestra patria en el siglo XVIII.

Su tercera y última producción fué póstuma, y debida su publicación al cariño filial de D. Pedro Solano de Luque, quien la dió á la estampa bajo el título de

«*Observaciones sobre el pulso; obra póstuma del Doctor*

D. Francisco Solano de Luque, médico honorario de la real familia, catedrático sustituto que fué de la Universidad de Granada, sócio de la real sociedad de Sevilla, médico y vecino de la ciudad de Antequera; publicada de orden de S. M. Madrid, en la imprenta real, 1787, en 4.º»

En el prólogo expone D. Pedro las circunstancias que retrasaron la publicación y el motivo tristísimo de haber pasado hasta él, por muerte de su hermano D. Cristóbal, la misión honrosa de sacar á luz esta nueva obra de su ilustre Padre. Al frente de ella figura un buen retrato del autor, quien refuta, en el prohemio, las objeciones dirigidas por ciertos críticos á sus doctrinas, procurando desvanecer las dudas que sugirió en algunos ánimos la exactitud de sus pronósticos, y proponiendo, con este motivo, tanto á la Sociedad médica de Sevilla, como al Real Protomedicato y á la Academia matritense, enviar algunos de sus discípulos, ya que por sus ocupaciones y achaques no le era posible emprender un largo viaje, para que hiciesen ver la exactitud de sus pronósticos y la certeza de sus descubrimientos.

Consta el cuerpo de la obra de cuatro capítulos, el primero de los cuales comprende treinta y una observaciones relativas á la rinorragia crítica, precuatoria y sintomática; exponiendo el plan curativo empleado por el autor en cada caso. Trata el segundo capítulo, en el que figuran treinta y seis observaciones, del valor diagnóstico de la diarrea sintomática y de su significación para la prognósis cuando la evacuación reviste el carácter de crítica, así como del tratamiento que se puso en juego para cada uno de los enfermos. Del sudor, como crisis y como síntoma, forma el objeto del capítulo tercero que comprende veinte y ocho observaciones. Y finalmente en el cuarto capítulo trata del vómito sintomático y crítico, y del movimiento de orina, consignando relativamente á este particular veinte y ocho observaciones clínicas con la exposición del método curativo que empleara. Por último,

termina el libro con cinco observaciones prácticas de D. Pedro Solano de Luque, confirmatorias de la teoría de su insigne Padre, á cuya memoria no podía rendir más digno homenaje que aduciendo pruebas clínicas en apoyo de las ideas con tal constancia sustentadas en vida por el autor de sus días.

He terminado, Excmo. Sr., el precedente mal bosquejo de una gran figura médica, honra de las ciencias pátrias y motivo de justísima gloria para esta casa de estudios, donde comenzó á formarse aquel egregio espíritu de observacion clínica por el cual Solano no tuvo en su siglo imitadores. Varon tan insigne por su ciencia como por su fé, por su integridad como por su modestia, es acabado ejemplo que hoy presento á la juventud estudiosa cual digno modelo que todos á porfia debemos imitar. Emulemos, pues, tal dechado de virtudes, de laboriosidad y de cristianos sentimientos, y no olvidando que todas las naciones de Europa aclamaron por modelo de clínicos al que, humilde en vida, permaneció relegado en un modesto pueblo y casi menospreciado de sus compatriotas, aspiremos sobre todo á esas purísimas glorias de la posteridad, que no han de escatimársenos si, ejercitados en el estudio y en las buenas obras, sabemos á la vez, con nuestra rectitud, moralidad é integridad, posponerlo todo en aras del más preciado bien de la tierra, que es la tranquilidad de la conciencia.

He dicho.



BIBLIOTECA UNVERSTARIA DE GRANADA



900246283

BIBL. GENERAL UNIVERSITARIA